

El edificio de piedra

ASLI ERDOĞAN

Traducción de Rafael Carpintero Ortega



armænia

narrativa

armænia

ASLI ERDOGAN

El edificio de piedra

Traducción de Rafael Carpintero Ortega

www.armaeniaeditorial.com

Título original: *Tas Bina* (Everest, 2012)

Primera edición: Febrero 2021

Primera edición ebook: Agosto 2021



Cofinanciado por el
programa Europa Creativa
de la Unión Europea

Copyright © Asli Erdogan, 2012 represented by Agence litteraire Astier-Pécher

Ilustración de cubierta: © Bo Zwir, 2019

Copyright de la traducción © Rafael Carpintero Ortega, 2020

Copyright de la edición en español © Armaenia Editorial, S.L., 2021

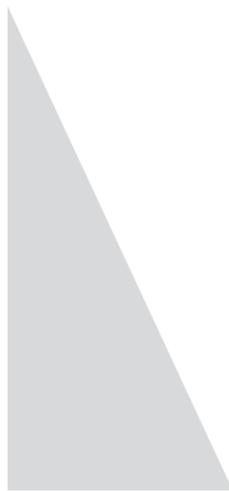
Armaenia Editorial, S.L.

www.armaeniaeditorial.com

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-18994-27-2

armænia



EL VISITANTE MATUTINO

Por fin llegó el amanecer. El día nació después de una noche que había avanzado con dificultad, lenta como un tren de mercancías que sube una cuesta. En la ventana de mi buhardilla apareció en silencio una mancha que fue profundizándose. Un sol somnoliento, un sol septentrional, comedido y vergonzoso, anunció, como quien cumple con una obligación, que había comenzado el nuevo día. Todo lo que veía en aquel momento, junto con el tejado mojado que ascendía como si dibujara un ángulo recto, era una rebanada de cielo aprisionado entre árboles gigantes. Ramas delgadas y

enlutadas mecidas por el viento, hojas temblorosas ligeramente podridas... Como manos de un pordiosero abriéndose al cielo en vano. Era agosto y podemos decir que verano... Presunto verano. Ya me había derrotado el abatimiento brumoso de aquel país del norte y mi alma estaba ahíta de aquella ciudad rodeada por el mar, por la lluvia y por el olor a algas.

En algún lugar de la casa de madera el teléfono suena largamente, con insistencia. Aunque la oscuridad del cuarto pueda engañar, son las ocho pasadas, pero es demasiado pronto para este sitio, para el centro de refugiados. A esas horas no se oyen más que ronquidos, suspiros y la respiración de la casa de madera en su sueño agitado. En la habitación a mi derecha está la bosnia que siente un placer especial enseñando sus heridas de metralla a las frías bellezas del norte —las heridas de la mayoría de nosotras son más silenciosas—. A mi izquierda, una rusa que subsiste trabajando en películas porno escucha hasta el amanecer canciones protesta de una época que se terminó hace mucho. Más allá, una mujer con el pelo teñido de rojo de la que nadie sabe ni su origen ni a qué se dedica, y al fondo, la rumana ligona y gorrana, cien por cien gitana, que no ha trabajado ni un solo día de su vida y que ha conseguido que todo el mundo se tragara el cuento de que es una madre somalí. Le gusta presumir diciendo que es capaz de derretir el corazón más helado con su acordeón. Refugiadas, cada una llegada de una tierra, cada una de una noche, ahora duermen en la retaguardia el sueño de quienes se acostumbraron a la sangre. Resignadas a un destino que odian, no confían en nada más que en la desgracia a la que hace mucho que se han rendido. Por nuestro refugio común se arrastra una nube de olor a bebida, sudor, tabaco y piel sucia agravada por todos los excesos y decepciones del mundo, y algunas mañanas unos pasos muy ligeros resuenan en la nube. Puede que el andrajoso fantasma de la soledad, manchado de barro y otras cosas, esté abandonando la casa tambaleándose, o quizá la mujer de pelo rojo ha estado probando un nuevo amante.

Antes de que cese el timbre del teléfono, se oyen unos pasos en la escalera. Pasos lentos, cansados, que han recorrido un largo camino, se acercan, se acercan y se detienen ante mi puerta. Tras un encogimiento de corazón que

pasa en lugar de los segundos, oigo mi nombre. Quizá me esté engañando mi imaginación, pero una voz ronca me llama en mi lengua materna.

—Sí, soy yo. Pase.

La puerta se abre casi gimiendo, con un crujido tan conmovedor como el sonido de un violín. Con el aire frío como el mercurio que se cuele dentro, aparece un hombre bajo y moreno. Sus amplias espaldas, de hombros caídos, ocupan el cuarto entero cerrando la puerta como si nunca se hubiera abierto. Mi visitante se queda un rato parado sobre unas piernas delgadas que apenas sostienen su cuerpo y, de repente, se vuelve hacia mí con movimientos mecánicos de marioneta. Su cara parece hecha de escayola, como si se hubiera secado antes de que el artista hubiera terminado su chapucero trabajo. La nariz, maciza, parece haberse derretido y derramarse por las mejillas caídas y los ojos son invisibles en las profundas cuencas. Es como si no se hubiera quitado en años el traje oscuro que le cuelga arrugado. No lleva corbata y parece haber abandonado hace mucho la costumbre de afeitarse. De su pelo negro y grueso, aunque ya va escaseando, se desprende un olor a noche fresca y oscura. Estoy segura de haberlo visto antes.

—Se me ha ocurrido pasarme. Me he enterado de que vivías aquí.

Quizá tendría que haber murmurado unas frases de bienvenida y estrecharle la mano, fría como la de un muerto. Quizá tendría que haberme asustado. Pero si en esta inmóvil ciudad portuaria no hay nada de lo que asustarse... Es como si casi ni existiese la muerte. Y cuando llega, lo hace como los tranvías, justo a la hora, ni antes ni después...

Sostenía la gabardina entre sus manos pálidas y blancas y examinaba mi habitación pestañeando. Su mirada, que empezaba a acostumbrarse a la oscuridad, escogió primero la cama encajada bajo el techo fuertemente inclinado. El colchón flaco, arrojado sobre una telaraña de hierro, estaba todo revuelto por las pesadillas nocturnas tras un combate que acababa de terminar. En la mesa cubierta por libros, tarros, vasos sucios y ceniceros rebosantes todavía ardía una vela colocada en una botella de cerveza. La mía era una habitación amplia, sin muebles, oscura a cualquier hora del día. Por las mañanas, cuando me ponía de pie bajo la ventana de no más de un

palmo y levantaba la cabeza, me creía un submarino que asciende a toda velocidad hacia la superficie. Dispersos a izquierda y derecha había todo tipo de trastos de la vida diaria. Aquellos ingeniosos y sociables objetos, ignorantes de su valor, eran testigos de mi soledad absoluta y llevaban las huellas de la agobiante oscuridad. Todo, todo lo que tocaba mi mano, estaba magullado. La ropa que rebosaba de la maleta y los libros que se apilaban en la mesa estaban descoloridos, rasgados, manchados. Los vasos habían perdido su transparencia y los bolígrafos y los mendrugos mohosos de pan estaban roídos aquí y allá, como las deprimentes paredes. Sobre el lavabo, en el que ondeaba un líquido asqueroso, había colgado un espejito. El espejo había perdido el azogue de tal manera, que si aquellos destartados utensilios hubieran querido ver su reflejo, no habrían podido conseguirlo y se disolverían en una neblina borrosa. En cuanto a mí, me veía a mí misma en la maltrecha superficie de los objetos. Mi propia piel maltrecha... Magullada, como una finísima membrana que resistiera contra el vacío, el interior y el exterior...

—Un sitio frío este, ¿no? —sonrió clavando la mirada en la estufa eléctrica. Tenía una sonrisa compasiva—. Y eso que ya estamos en agosto.

Le miré a la cara sin hablar. No pude ver sino dos ojos completamente negros, un par de túneles de final impreciso.

—Antes de que pasen dos meses caerán las primeras nevadas. Primero, empieza a soplar desde el mar un viento que hace que te duelan los pulmones. La placa de hielo que cubre los charcos se va haciendo más espesa, y una mañana al despertarte te encuentras en un mundo completamente blanco. Todo se ha helado. Y sueña con el día en que renacerá en ese ataúd de hielo en que lo han enterrado, helado pero vivo.

Avanzó hacia el centro de luz del cuarto, hacia la mancha rectangular de sol que recordaba un ojo vago clavado en el techo. Noté en él la limitación de movimientos de alguien que siempre ha vivido en espacios estrechos, como si incluso en esa habitación sin muebles temiera golpearse a izquierda y derecha. Quizá no quisiera dejar huellas tras de sí. Por su rostro pasó un ramillete de luz pálida. De repente, lo reconocí. La piel sin vida de un

amarillo terroso, las ojeras amoratadas, los ojos en los que venas sanguinolentas dibujaban un mapa de carreteras... Él era también de los que no pueden dormir por las noches.

—Pero más insoportable que el frío es la oscuridad. Este sol...

Se detuvo, miró la mancha brillante del suelo. Parecía que si se agachaba y abría una tapa fuera a brotar la luz del día llenando la habitación. Volví la cabeza hacia la ventana. Ramas que temblaban verdísimas, gotas plateadas en las hojas, la danza suave y onírica de las sombras en el cristal... El ancho azul que abrazaba mi mirada pero la limitaba ... En los raros momentos en que brillaba el sol del norte, el mundo entero relucía, se transformaba, sonreía. Pero enseguida se nubló y el cuarto se oscureció más que antes.

—Este sol lo verás una o dos horas al día como mucho. Poco antes de mediodía, aparecerá en el horizonte como una mancha blanca y enfermiza, y antes de que llegue a lo alto, perderá fuerza. En realidad, el sol de verdad nunca saldrá. Su fantasma indigente y cochambroso te dará marcos vacíos en lugar de días. El mundo se separará en dos mitades, como si las hubieran cortado con un cuchillo, la iluminada y la oscura.

Volvió los ojos a las paredes, y yo, con él, con sus ojos, peiné aquellas paredes polvorientas que me sabía de memoria. Entre cables y tuberías que colgaban como pelos sueltos y manchas de humedad que recordaban costras de heridas, me miraba una sombra que había perdido su forma humana. Su sombra, más grande y terrible que él, otra sombra entre las sombras...

—Entonces tu vida constará de una única noche, larga, sin interrupciones. Solo los fantasmas pueden soportar una noche así. Gente que se ha vuelto blanca, árboles que se han vuelto blancos, la ciudad por la que vagan los fantasmas... Entonces comenzará la larga noche de tu memoria.

Aquella voz... Aquella voz terrible, conocida, triste, había hablado antes conmigo, muchas veces... Se iban abriendo, una tras otra, puertas en mi espíritu; las cerraba enseguida, tiritando por el aire de azogue frío que entraba por ellas...

—Da igual, no tenemos mucho tiempo. Tienes que tomar una decisión ya.

Me incliné hacia el paquete de tabaco y la vela.

—Tienes que tomar una decisión y terminar. La vida es así, simple y sencilla. Inspira, espira, inspira, espira... Simple y sencilla.

Lanzó al espejo una mirada breve, intensa, de desaprobación, pero lo que vio fue solo una imagen manchada y borrosa.

—Te voy a contar una historia que ocurrió hace miles de años —comenzó, cerrando lentamente los párpados, como si descendieran sobre un ataúd.

—No pienso escucharte. Siempre estás haciéndome volver allá —yo hablaba por primera vez. ¿Hablabas de verdad?—. Vienes para recordarme que nunca he logrado salir de allí. Esa oscura celda me persigue dondequiera que vaya. La verdad es que la llevo dentro de mí. Por las noches crece, como las raíces de un árbol. Crece, crece y sale al exterior rasgándose la piel. Se vuelve concreta en el primer hueco que encuentra.

Le mostré mi habitación con la mano:

—Ya ves, me encierro en mí misma como si siempre pintara el mismo cuadro en tres dimensiones. Innumerables litografías de una única imagen de mi vida. Los árboles, el horizonte, el cielo... Donde mire, dentro o fuera, solo veo una pared. Me vuelva hacia el pasado o hacia el futuro, se me cae encima un muro de piedra. Quizá me escondo entre paredes porque no puedo soportar el vacío. La falta de fondo del vacío. Su estruendo...

—Había una vez un hombre —continuó él, impaciente—. En realidad, era una buena persona. En fin, en realidad todos somos buenas personas. Pero este hombre cambiaba cuando se hacía de noche y se convertía en malo. ¿Me entiendes? Las palabras son limitadas. Se convertía en la sombra que reflejaba en la pared. Quizá fuera su esposa quien lo llevó a esta situación. Cuanto peor era el hombre, más le mimaba.

»En aquel país lejano, había un edificio que se envolvía en la oscuridad en cuanto el sol se ponía. De esos edificios de piedra que hay en cualquier país. ¿Te acuerdas? Con la oscuridad caía también un silencio infinito, sin fondo. Los que no conocen pesadillas peores que la muerte lo llaman un silencio mortal. Lo cierto es que era de esos silencios en que no pueden oírse ni las voces del interior del silencio, ni la respiración de la nada.

»Y cuando caía esa terrible oscuridad, la luz de la luna acariciaba los barrotes de las rejas de hierro con sus dedos enfundados en guantes de satén blanco. Tenía un enorme corazón, de un dorado pálido, impecable. Pero un corazón así no puede con la oscuridad. De hecho, ¿no se han inventado las rejas para que no se filtre hacia fuera la oscuridad interior de la gente?

»Y en el tejado de ese oscuro edificio había pájaros. Estos pájaros llevaban siglos transportando incansablemente ramas secas al tejado. Creían que un buen día, cuando hubieran apilado suficientes ramas, el edificio de piedra no aguantaría el peso y se haría pedazos. Pero llegaba el atardecer, soplaban un viento implacable y se llevaba las ramas. Con todo, los pájaros volvían a ponerse manos a la obra cada mañana. ¿Estás llorando? ¿Por qué?

»Y cuando comenzaba la larga noche el hombre ya estaba preparado. Cenaba siempre a la misma hora, se ponía el traje que su mujer le había planchado y salía de casa, siempre a la misma hora. Nadie sabía adónde iba... Primero despacio, luego con pasos cada vez más rápidos, febriles, inexorables, sin vuelta posible. Los pájaros que lo veían se hacían señales, se llamaban de una punta a otra de la ciudad, se avisaban. La luna pálida de corazón de mantequilla se ocultaba detrás de las nubes con la esperanza de que quizá el hombre no encontrara su camino en aquella oscuridad negra como la pez. Pero uno no olvida el camino que sigue en la noche, ¿verdad? Escucha, todavía no he terminado.

»Y cuando aquel hombre sombrío llegaba al edificio de piedra se elevaban aullidos escalofriantes. Gritos que no se interrumpían hasta que salía el sol... Gritaban los pájaros, gritaba la luna, un torbellino de llamas rojas envolvía el cielo. La noche se convertía en un grito infinito, sin fondo. Un grito único, largo, ininterrumpido... Sobre el abismo que se iba hinchando, la noche temblaba como una delgadísima membrana; desnuda y bañada en sangre, se le abrían heridas terribles por todas partes; rasgada, partida, ensangrentada, reventada, sobre sus heridas se cerraban los labios sedientos del vacío. Por fin, se hacía pedazos y se esparcía por los cuatro puntos cardinales. La oscuridad llovía sobre la gente en forma de piedras del cielo, pesadillas y maldiciones, vagaba como una sombra entre los durmientes,

cubría sus cuerpos con una nieve negra, llenaba los agujeros más profundos, se filtraba por las venas más ocultas, se lanzaba sobre el sueño como un tigre ciego...Y era entonces cuando comenzaba la noche única, larga, sin fin de la memoria».

Cuando levanté la cabeza hacía rato que se había ido. Su carta seguía sobre la mesa. Abrí el cajón y la dejé con las otras. Fuera al lugar del mundo que fuese, me encontraban. Los muertos me escribían, me contaban cosas que yo ya no era capaz de contar y me llamaban a un lugar al que acabaría por regresar. Me avisaban contra la vida, a causa de la cual yo había huido de mi propia historia. Sabían que el futuro en el que me refugiaba no era sino narrar de nuevo el pasado, una y otra vez. Que lo que me esperaba solo era el espectro del pasado en el exilio, ese único visitante que venía a mi celda, a esa celda oscura y eterna que tenía dentro de mí... No había abierto ni uno de aquellos sobres, pero lo sabía. Lo que contenían eran ramas secas, luz de luna color dorado pálido y un último grito sin dueño.